



Símbolos propios del año litúrgico

JOSÉ ANTONIO GOÑI BEÁSAIN DE PAULORENA
Doctor en Sagrada Liturgia

La liturgia tiene un doble lenguaje: verbal y gestual; como se afirma en la constitución conciliar sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium: per ritus et preces*¹. De modo que «una celebración sacramental está tejida de signos y de símbolos»². Es necesario conocer este lenguaje no verbal, que es tan expresivo, o incluso más, que el lenguaje verbal. Conocer los signos y símbolos de la liturgia nos ayuda a vivir mejor, a participar más, a ahondar en el misterio celebrado, etc.³

Por medio de estas páginas vamos a exponer algunos de los símbolos propios del año litúrgico, particularmente aquellos más destacados porque cada una de las celebraciones que lo componen podría dar lugar a un estudio particular que excede el cometido de estas páginas.

1. El año litúrgico: símbolo de Cristo

El primer símbolo y el más destacado del año litúrgico es la propia esencia del año litúrgico. ¿Cuál es esta? Pío XII cuando definió el año litúrgico en su encíclica sobre liturgia *Mediator Dei* del 20 de noviembre de 1947 utilizó estos términos:

El año litúrgico, alimentado y seguido por la piedad de la Iglesia, no es una representación fría e inerte de cosas que pertenecen a tiempos pasados, ni un simple y desnudo recuerdo de una edad pretérita; sino más bien es Cristo mismo que persevera en su Iglesia.

El año litúrgico es, por tanto, «Cristo mismo que persevera en su Iglesia».⁴

¹ SC 48.

² CCE 1145.

³ Una aproximación al lenguaje simbólico de la liturgia se encuentra en J. ALDAZÁBAL, *Gestos y símbolos* (Dossiers CPL 40; Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 52019).

⁴ Cf. M. AUGÉ, *A través del año litúrgico. Cristo mismo, presente en su Iglesia* (Biblioteca Litúrgica 49; Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2016) 340-344.



1.1. Cristo presente en la celebración litúrgica

Jesús nos prometió su presencia permanente: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»⁵. Así, Cristo permanece en su Iglesia, y de modo particular en las celebraciones litúrgicas⁶. Son múltiples los modos como se manifiesta esta presencia de Cristo en la liturgia⁷. De todos ellos nos centramos en Cristo, presente en la asamblea reunida en su nombre para celebrar su fe, tal y como él prometió: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»⁸. Así que en las múltiples celebraciones que conforman el año litúrgico se da una presencia del Señor que convoca a sus fieles a reunirse para celebrar sus misterios. Por eso, en toda celebración litúrgica, se manifiesta esta presencia a través del saludo litúrgico que el sacerdote dice al inicio de las acciones litúrgicas: «El Señor esté con vosotros». «Por medio del saludo, [el sacerdote] expresa a la comunidad reunida la presencia del Señor. Con este saludo y con la respuesta del pueblo se manifiesta el misterio de la Iglesia congregada»⁹.

1.2. La celebración litúrgica como memorial de los misterios celebrados

Además, en estas celebraciones los fieles se ponen en contacto con los misterios que celebran prosiguiendo Cristo «aquel camino de inmensa misericordia que inició en esta vida mortal cuando pasaba haciendo bien (cf. Hch 10,28)», para que por ellos en cierto modo vivan, pues «perduran en nosotros por sus efectos, siendo cada uno de ellos, según su propia índole, causa de nuestra salvación»¹⁰.

Por ello, teológicamente definimos la liturgia como memorial o anamnesis¹¹ de los acontecimientos que nos salvaron ya que no solo los recuerda, sino que los actualiza, los hace presentes: «Las celebraciones se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio»¹².

⁵ Mt 28,20b.

⁶ Cf. SC 7.

⁷ La jornada de estudio sobre *Sacrosanctum Concilium* que cada año organiza el Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo de Roma para conmemorar la aprobación de la constitución conciliar sobre la liturgia se centró en su edición de 2022 en el número 7 del documento que trata sobre la presencia de Cristo en la liturgia. Una panorámica de la cuestión con sus implicaciones posteriores fue descrita por el profesor M. Tymister y publicada después en la revista del Ateneo *Ecclesia Orans*: M. TYMISTER, «I modi di presenza di Cristo nella liturgia: “Sacrosanctum Concilium” 7»: *Ecclesia Orans* 40 (2023) 143-157.

⁸ Mt 18,20.

⁹ OGMR 50.

¹⁰ MD 205.

¹¹ Cf. J. LÓPEZ MARTÍN, *La liturgia de la Iglesia. Teología, historia, espiritualidad y pastoral* (Sapientia Fidei. Serie de Manuales de Teología 6; BAC, Madrid 2009) 75-76.

¹² CIC 1104.

En el sentido empleado por la Sagrada Escritura, el memorial no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado en favor de los hombres (cf. Ex 13,3). En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales¹³.

De modo que en las celebraciones continuamente resuena la palabra «hoy» cada vez que se habla de los misterios de la vida de Cristo que se conmemoran¹⁴. Porque no volvemos la mirada a acontecimientos salvíficos del pasado que permanecen en el pasado. Sino que esos acontecimientos, principalmente de la vida de Cristo, están presentes como si volvieran a producirse de nuevo. Y así, en la eucología de las diferentes celebraciones de estos misterios que se conmemoran a lo largo del año litúrgico habla en presente, indica que esos acontecimientos se hacen realidad «hoy»:

Dios misericordioso, hoy que nos ha nacido el Salvador del mundo... (25 de diciembre. Natividad del Señor. Misa del día. Oración después de la comunión).

El cual, hoy, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres... (Jueves Santo en la cena del Señor. Misa vespertina. Canon Romano).

Oh, Dios, que has iluminado esta noche santísima con la gloria de la resurrección del Señor... (Domingo de Pascua de la resurrección del Señor. Vigilia pascual. Oración colecta).

Oh, Dios, cuyo Hijo asciende hoy a los cielos en presencia de los apóstoles... (La Ascensión del Señor. Misa de la vigilia. Oración colecta).

Para llevar a plenitud el misterio pascual, enviaste hoy el Espíritu Santo sobre los que habías adoptado como hijos por la encarnación de tu Unigénito... (Domingo de Pentecostés. Misa del día. Prefacio).

Porque, como nos dice el *Catecismo de la Iglesia católica* en el número 1363 que ya hemos citado, los acontecimientos que se recuerdan son, en cierta forma, actuales.

2. Expresividad simbólica de los tiempos litúrgicos

La Iglesia primitiva celebraba cada semana la muerte y resurrección de su Señor, en el día llamado domingo¹⁵, como fuente de la nueva vida divina que latía en el corazón de cada creyente, que había sido insertado en Cristo por el bautismo¹⁶.

¹³ *Ibid.*, 1363.

¹⁴ Cf. F. M. AROCENA SOLANO, «Hodie»: *Phase* 54 (2014) 189-198.

¹⁵ Cf. SC 102.

¹⁶ Cf. Rom 6,3-4.



Sin embargo, esta reiteración semanal de la celebración del misterio pascual se fue enriqueciendo o complementando con la conmemoración de «todo el misterio de Cristo, desde la encarnación y la Navidad, hasta la ascensión, Pentecostés y la espera de la dichosa esperanza y venida del Señor»¹⁷.

Así el año litúrgico quedó conformado por diferentes tiempos, que en la configuración actual son: Adviento, Navidad, Cuaresma, Triduo pascual, Pascua y *per annum* u ordinario¹⁸. Estos, manteniendo unos modos celebrativos comunes, tienen algunas características simbólicas que los distinguen entre sí y que manifiestan la índole propia de cada uno de ellos.

2.1. Adviento

Respecto del tiempo de Adviento, las *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario* señalan:

El tiempo de Adviento tiene dos características: es a la vez un tiempo de preparación a las solemnidades de Navidad en que se conmemora la primera venida del Hijo de Dios entre los hombres, y un tiempo en el cual, mediante esta celebración, el ánimo se dirige a esperar la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos¹⁹.

Esta preparación espiritual se expresa por medio del color morado²⁰, que nos trasmite austeridad, y nos hace dirigir la mirada hacia lo esencial.

Por otra parte, en el tiempo de Adviento no se eleva a Dios el himno *Gloria a Dios en el cielo* que encontramos en el inicio de la misa de la liturgia dominical²¹. Este himno litúrgico nació en el marco de la celebración de la Navidad, evocando el canto de los ángeles en Belén²², y de ahí se fue extendiendo a otras celebraciones como signo de solemnidad²³. Dado que sus orígenes en la liturgia romana se remontan a la noche de Navidad, de modo pedagógico se suprime el mes precedente para que nos «desacostumbremos» y en ese día lo retomemos con ilusión y resuene con más fuerza por la «novedad».

Finalmente, en el tiempo de Adviento se indica que «el altar puede adornarse con flores, con tal moderación, que convenga a la índole de este tiempo, pero sin que se anticipe a la alegría plena del nacimiento del Señor»²⁴.

¹⁷ SC 102.

¹⁸ Cf. *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario*.

¹⁹ *Ibid.*, 39.

²⁰ Cf. OGMR 346.

²¹ Cf. *ibid.*, 53.

²² Cf. Lc 2,13-14.

²³ Cf. V. RAFFA, *Liturgia eucaristica. Misatagogia della Messa: dalla storia e dalla teologia alla pastorale pratica*, en *Bibliotheca Ephemerides Liturgicae*. «Subsidia» 100 (Centro Liturgico Vincenziano, Roma 2003) 292-293. AKI

²⁴ OGMR 305.

2.2. Navidad

Sobre el tiempo de Navidad, las *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario* señalan que «después de la celebración anual del misterio pascual, la Iglesia tiene como más venerable el hacer memoria de la natividad del Señor y de sus primeras manifestaciones: esto es lo que hace en el tiempo de Navidad»²⁵.

El color blanco se emplea en el tiempo de Navidad²⁶. Se trata de un color alegre, que de entrada sugiere fiesta y alegría, inocencia y luz. El joven (ángel) que aparece junto al sepulcro del Resucitado va vestido de blanco²⁷; los vencedores del Apocalipsis combaten y triunfan cubiertos de lino blanco y montados en caballos blancos²⁸; la gloria de Cristo, entrevista en la transfiguración, se simboliza con unos vestidos blancos como la luz²⁹. De modo que es propio que se use en la Navidad el color blanco para transmitirnos la alegría por el nacimiento del Hijo de Dios, para manifestarnos la luz del «Sol que nace de lo alto», para evocarnos la nueva existencia a la que nacemos al hacernos partícipes el Hijo de Dios de su vida divina.

2.3. Cuaresma

El tiempo de Cuaresma se describe en las *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario* así:

El tiempo de Cuaresma está ordenado a la preparación de la celebración de la Pascua: la liturgia cuaresmal prepara para la celebración del misterio pascual tanto a los catecúmenos, haciéndolos pasar por los diversos grados de la iniciación cristiana, como a los fieles que recuerdan el bautismo y hacen penitencia³⁰.

El color morado³¹ nos evoca la penitencia y austeridad que caracteriza la Cuaresma.

Esta austeridad se manifiesta también en la supresión de elementos festivos de la liturgia. Por una parte, no se canta ni el himno *Gloria a Dios en el cielo*³², que sirve para glorificar a Dios Padre así como a Cristo³³, ni el aleluya³⁴, cuyo

²⁵ *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario*, 32.

²⁶ Cf. OGMR 346.

²⁷ Cf. Mc 16,5.

²⁸ Cf. Ap 19,14.

²⁹ Cf. Mt 17,2.

³⁰ *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario*, 27

³¹ Cf. OGMR 346.

³² Cf. *ibid.*, 53.

³³ Cf. M. EXPÓSITO LASTRA, *Conocer y celebrar la eucaristía* (Dossiers CPL 91; Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2001) 51-52.

³⁴ Cf. OGMR 62a.



significado «alabad a Yahvé»³⁵ manifiesta alabanza y júbilo³⁶; el primero volverá a la liturgia en la misa de la cena del Señor del Jueves Santo, el segundo en la Vigilia pascual de la noche santa de la resurrección del Señor. Por otra parte, durante el tiempo de Cuaresma se prohíbe adornar el altar con flores, exceptuando el domingo IV de Cuaresma, las solemnidades y las fiestas³⁷. Y finalmente, el sonido del órgano y de los demás instrumentos durante el tiempo de Cuaresma se permite solo para sostener el canto, exceptuando el domingo IV de Cuaresma, las solemnidades y las fiestas³⁸.

A partir de la semana V de Cuaresma, como indica el *Misal Romano*, se pueden cubrir las cruces y las imágenes de las iglesias, permaneciendo así hasta la celebración de la pasión del Señor del Viernes Santo las cruces y las imágenes hasta el comienzo de la Vigilia pascual. De este modo se minimizan todavía más las posibles distracciones.

2.4. Triduo pascual

El Triduo pascual ocupa el centro del año litúrgico, tal y como destacan las *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario*:

Ya que Jesucristo ha cumplido la obra de la redención de los hombres y de la glorificación perfecta de Dios principalmente por su misterio pascual, por el cual muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida, el Triduo santo pascual de la pasión y resurrección del Señor es el punto culminante de todo el año litúrgico³⁹.

Las celebraciones que conforman el Triduo pascual, que discurren desde la misa de la cena del Señor del Jueves Santo hasta las II Vísperas del Domingo de Pascua de la resurrección del Señor, tienen una gran riqueza simbólica.

2.4.1. Misa de la cena del Señor

La misa de la cena del Señor cuenta con diversos gestos simbólicos que pretenden ser expresión sensorial de lo que se celebra.

Repique de campanas

El primero de estos gestos tiene lugar al comienzo de la celebración, en los ritos iniciales: durante el himno *Gloria a Dios en el cielo* repican las campanas. Estas ya no se vuelven a tocar hasta la Vigilia pascual, en la noche del Sábado Santo,

³⁵ Cf. Ap 19,1-8.

³⁶ Cf. M. EXPÓSITO LASTRA, *Conocer y celebrar la eucaristía*, 113-116.

³⁷ Cf. OGMR 305.

³⁸ Cf. *ibid.*, 313.

³⁹ *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario*, 18.

que nuevamente suenan durante ese mismo canto. Este repique tiene como finalidad que los enfermos y ancianos que no pueden asistir a la misa de la cena del Señor adviertan el inicio del Triduo pascual y puedan unirse espiritualmente a la celebración.

Lavatorio de pies

Después de la homilía se realiza el lavatorio de pies. El presidente de la celebración, imitando el gesto que hizo Jesús en la última cena, lava los pies a doce personas. Es una catequesis gráfica del mandato nuevo dado por Jesús a los apóstoles en la última cena: os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado⁴⁰. Este amor se visibiliza poniéndose al servicio de los demás, poniéndose a los pies de los demás.

Este rito es, única y exclusivamente, una representación del lavatorio de pies que hizo Jesús aquella noche en el cenáculo, no tiene ningún sentido simbólico o sacramental y, mucho menos, penitencial. Se toma el evangelio de Juan⁴¹, como si fuera el guion de una obra teatral, y se pone en escena: el sacerdote se quita la casulla, como Jesús se quitó el manto, y tras ceñirse una toalla, también imitando a Jesús, lava los pies a doce personas, que representan a los doce discípulos.

Reserva solemne del Santísimo Sacramento

Otro de los ritos propios de esta eucaristía es la reserva solemne del Santísimo Sacramento, esto es, el pan consagrado. Dado que el Viernes Santo no hay celebración eucarística es necesario guardar pan consagrado para poder repartir la comunión al día siguiente. Por eso, el Jueves Santo, tras la oración que sigue a la comunión se traslada, de forma solemne, el Santísimo Sacramento hasta el lugar donde se va a reservar y se invita a los fieles a que hagan un tiempo de adoración de este sacramento durante la noche. Junto al sentido práctico de este gesto como es guardar pan consagrado para la celebración del viernes, se sitúa su sentido teológico: adorar el sacramento que Jesús instituyó en la noche del Jueves Santo.

Se desviste el altar

Terminada la celebración se quitan los manteles del altar hasta la Vigilia pascual, ya que hasta entonces no se volverá a celebrar la eucaristía.

⁴⁰ Cf. Jn 13,34.

⁴¹ Cf. Jn 13,2-5.



Se retiran las cruces

También se quitan, o si esto no es posible se tapan, las cruces del templo eclesial para que el Viernes Santo se pueda presentar una sola cruz de forma triunfante y solemne sin que otras cruces puedan distraer nuestra atención.

2.4.2. Celebración de la pasión del Señor

La celebración del Viernes Santo es una celebración sobria, austera. En ella están ausentes muchos de los signos litúrgicos habituales: el altar permanece desnudo por completo (sin cruz, sin candelabros, sin manteles); no hay flores que adornen el templo eclesial; el órgano u otros instrumentos musicales solo pueden tocarse para acompañar el canto; las campanas guardan silencio, no suenan para convocar a la celebración; los ritos iniciales son muy sobrios; en la proclamación del Evangelio se suprimen todos los elementos festivos que solemnizan este momento; la procesión para trasladar la comunión desde el lugar donde se reservó el Jueves Santo hasta el altar es muy sencilla; la salida se hace en absoluto silencio.

Así se manifiesta la tristeza y el dolor por la muerte de Cristo y, también, se evita cualquier tipo de distracción que pudiera descentrarnos del misterio que se celebra: la muerte del Señor. Además, esta austeridad sirve para marcar un claro contraste con la Vigilia pascual, que se caracteriza por ser extraordinariamente alegre y festiva.

Veneración del altar

Quien preside la celebración venera el altar al inicio de la celebración postrándose rostro en tierra ante él para significar tanto la humillación del hombre terreno como la tristeza y el dolor de la Iglesia. Los demás fieles acompañan este gesto arrodillándose.

Color rojo

El color rojo de las vestimentas que se emplean el Viernes Santo nos evoca la pasión y muerte de Jesucristo. En cualquier celebración cristiana que hace referencia a un santo mártir, se utiliza este color litúrgico. Rojo es el color de la sangre vertida por los mártires que han rubricado su fe con su muerte. Cristo es el primero de los mártires; Cristo ha derramado su roja sangre en la cruz.

Con la muerte de Cristo muere el pastor y el esposo de la Iglesia

En la liturgia episcopal también existen elementos rituales propios que significan el acontecimiento que el Viernes Santo se celebra.

Como con la muerte de Cristo, la Iglesia ha perdido a su pastor, el obispo no usa en la celebración de este día el báculo, pues esta vara simboliza su ministerio de pastorear a la Iglesia en nombre de Cristo.

También se quita el Viernes Santo el anillo que habitualmente lleva en el dedo anular de su mano derecha. Este anillo es signo de la alianza y desposorio que Cristo tiene con su Iglesia. El obispo, cabeza visible de la Iglesia-esposa, se quita el anillo porque Cristo-esposo ha muerto.

Adoración de la cruz

En la celebración de la pasión del Señor se muestra la cruz y se ofrece a la adoración. En este día, y hasta la Vigilia pascual, se hace la genuflexión ante la cruz, ya que al no haber pan consagrado en el sagrario durante ese tiempo, la cruz es el principal signo y referencia que tenemos de Cristo. Nuestra reverencia y adoración se dirige a Cristo crucificado.

No adoramos la cruz como un objeto sino lo que representa. Ella, como murió Cristo por nuestra salvación, se ha convertido en el signo de nuestra redención. Adoramos, veneramos y damos gracias por la entrega de Jesús que ha reconciliado a Dios con la humanidad. La cruz no es solo el lugar del suplicio, del dolor, sino sobre todo es el lugar de la victoria de Cristo; en ella se dio la máxima exaltación del amor de Dios. Al adorar la cruz estamos proclamando la victoria de Jesucristo, el triunfo de su amor. Por eso, en la celebración, se nos muestra la cruz triunfante, gloriosa.

Además, quien preside la celebración, si lo juzga oportuno, puede quitarse la casulla y descalzarse para venerar la cruz. Con este gesto simbólico imita a Moisés que se descalzó, por orden de Dios, en el monte Horeb, pues pisaba terreno sagrado⁴² y por tanto pertenecía a Dios. Solo el amo podía pisar calzado su terreno; el esclavo debía descalzarse. De este modo, se significaba que Moisés era siervo de Dios. Fue en ese mismo monte donde, más tarde, Dios establecería la alianza con su pueblo. Igualmente ahora, quien preside la celebración, como cabeza del pueblo, se descalza para pisar el Calvario, el monte donde Dios ha hecho la nueva alianza con la humanidad por medio de su Hijo, porque nosotros también somos sus siervos, estamos subordinados a él. Y no solo eso, sino que además se acerca a venerar la cruz sin casulla, esto es, sin manto, ya que, antiguamente, esta prenda era propia de personas libres; los esclavos no podían ponerse manto. Así, descalzo y sin manto, se presenta ante el crucificado, reconociendo que solo él es el Señor.

⁴² Cf. Ex 3,5.



2.4.3. Vigilia pascual

La Vigilia pascual es la celebración principal del Triduo pascual y es también la más importante de todas las celebraciones del año ya que en ella conmemoramos la resurrección de Jesucristo, acontecimiento clave de su vida y de la historia de la salvación, fundamento de la fe y de la esperanza cristianas.

Celebración alegre y festiva

La Vigilia pascual se caracteriza por ser extraordinariamente alegre y festiva. El gozo de la resurrección invade toda la celebración y eso se manifiesta externamente al retomar signos festivos que, aunque son habituales de la liturgia, están ausentes en las otras celebraciones del Triduo pascual. De este modo se establece un claro contraste entre la Vigilia pascual y las celebraciones de los días previos, entre la celebración de la resurrección y la celebración de la muerte.

El templo eclesial está nuevamente adornado con flores, el altar está vestido con manteles e iluminado con velas, el color blanco, reservado para las fiestas, tinte los ornamentos, el alaluya se vuelve a escuchar después de siete semanas de ausencia, el órgano vuelve a sonar tras su largo silencio cuaresmal, las campanas repican de nuevo...

Nocturnidad

La nocturnidad es una característica esencial de la Vigilia pascual. Toda la celebración debe hacerse durante la noche, por eso no puede escogerse una hora tan temprana que la vigilia empiece cuando todavía hay luz, ni a una hora tan tardía que obligue a concluir después del amanecer del domingo.

La propia naturaleza de la Vigilia pascual exige que sea una celebración nocturna pues, a través del paso de la noche a la aurora, de la oscuridad a la luz, se significa el tránsito tanto de Jesús como de la humanidad entera, de las tinieblas del pecado y de la muerte a la luz de la resurrección y de la vida. Además, se da también una concordancia histórica con la hora de la resurrección, pues recordemos que Jesucristo resucitó en esta noche.

Tampoco debemos olvidar que los grandes acontecimientos de la historia de la salvación ocurrieron durante la noche: la creación del mundo comenzó a oscuras⁴³, en una noche Dios prometió a Abrahán el nacimiento de un hijo y una descendencia numerosa⁴⁴, de noche luchó Jacob con Dios recibiendo después un

⁴³ Cf. Gen 1,2-3.

⁴⁴ Cf. Gen 15,4-5.

nuevo nombre: Israel⁴⁵, en la noche de la primera luna llena de primavera salió el pueblo hebreo de Egipto⁴⁶, desde entonces cada año, en esa misma noche, celebran los judíos la Pascua⁴⁷, de noche por tres veces oyó Samuel la llamada de Dios⁴⁸, de noche, en un pesebre, nacía Jesucristo, el Hijo de Dios⁴⁹, de noche, en sueños, hablaba Dios a José⁵⁰, de noche oraba Jesús⁵¹...

Luz

En la noche de Pascua todo renace. La resurrección de Jesucristo es el inicio de una nueva creación, así que, al igual que cuando Dios comenzó a crear reinaban las tinieblas, en esta noche en la que recordamos la nueva creación en Cristo, también estamos sumidos en la más absoluta oscuridad: es de noche y las luces del templo eclesial están apagadas. Fuera del edificio, en un lugar adecuado, arde una hoguera, cuyas llamas iluminan la noche. El fuego será el punto de partida de la nueva creación, como también la luz fue el inicio de la creación que nos relata el libro del Génesis en sus primeras páginas⁵².

De este fuego se enciende el cirio pascual. Su llama iluminando la oscuridad nos evocará a Jesucristo resucitado, luz que brilla en las tinieblas. Este es el signo principal del Resucitado. Jesús resucitado es la luz del mundo. Además, dado que el cirio se consume para iluminar a otros, simboliza también la entrega que hizo Jesús de su vida para que nosotros tuviéramos vida auténtica. Durante toda la Pascua podremos contemplarlo junto al ambón, lugar donde se proclama la Palabra de Dios, lugar desde el que se nos proclamará el Evangelio de la resurrección. Así el cirio pascual, signo de Cristo resucitado, es el adorno principal del ambón, lugar desde donde se nos anuncia la resurrección.

Una vez que el cirio pascual ha sido preparado y encendido, todos los fieles congregados entran detrás de su llama en el templo eclesial que está sumido en la oscuridad. Así, Cristo, luz del mundo, simbolizado por este cirio, ilumina los pasos de sus seguidores en la oscuridad, haciendo realidad las palabras de Jesús: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas»⁵³. Esta procesión nos evoca, por una parte, al pueblo de Israel cuando, en su peregrinar por el desierto hacia la tierra prometida, era guiado durante la noche

⁴⁵ Cf. Gen 32,23-30.

⁴⁶ Cf. Ex 12,37-42.

⁴⁷ Cf. Ex 12,12. 42b.

⁴⁸ Cf. 1 Sam 3,1-18

⁴⁹ Cf. Lc 2,6-7.

⁵⁰ Cf. Mt 1,20-24; 2, 13.

⁵¹ Cf. Lc 6,12; Mt 26,36-37.

⁵² Cf. Gen 1,3.

⁵³ Jn 8,12.



por una columna de fuego, y, por otra parte, presenta a la Iglesia como el nuevo pueblo de Dios, nacido de la Pascua, que, en su peregrinar por el desierto de la vida hacia el cielo, su patria definitiva, es iluminado por Cristo resucitado, a quien sigue.

Según avanza la procesión, todos, primero el sacerdote y después los fieles, encienden sus velas de la llama del cirio para significar su participación de la luz que es Cristo. Esta luz, recibida en el bautismo, ilumina sus vidas, según las palabras del propio Jesús: «El que me sigue tendrá la luz de la vida»⁵⁴. Además así, con velas encendidas en sus manos, los fieles salen en la noche al encuentro de Cristo, imitando a las vírgenes prudentes que aguardaban la llegada del esposo para entrar al banquete⁵⁵ o al servidor fiel que esperaba a que su señor volviera de la boda para abrirle apenas viniera y llamase⁵⁶. Por otra parte, la luz que llevamos en nuestra mano puede servir para iluminar en el camino a otras personas. Nuestra vela se consume no solo para iluminarnos a nosotros mismos sino también para ser luz en la vida de los demás, en la vida de quienes están a nuestro alrededor. Nosotros, como Cristo, estamos llamados a consumir nuestra vida para ayudar a que otros hombres y mujeres también participen de la vida divina. La única diferencia entre nuestra pequeña vela y el cirio es que solo el cirio —Cristo— tiene luz propia; nuestras velas reciben la luz de él. Por tanto, solo en la medida en que acojamos la vida que Cristo nos entrega podremos ser para otras personas cauce y mediación de la vida divina.

Transición al Nuevo Testamento

Terminadas las lecturas del Antiguo Testamento se señala el paso al Nuevo Testamento con dos elementos: el himno *Gloria a Dios en el cielo* y la iluminación del altar. Ambas acciones están relacionadas directamente con Cristo: el *Gloria a Dios en el cielo* es un himno de alabanza a Dios Padre y a Jesucristo y el altar es signo de Cristo, piedra viva. De este modo se señala la aparición de Cristo en la historia de la salvación que recorreremos a lo largo de la liturgia de la Palabra de la Vigilia pascual.

Su ejecución se realiza simultáneamente: durante el canto del himno *Gloria a Dios en el cielo* se ilumina el altar con velas y se adorna con flores. Mientras tanto, al igual que el Jueves Santo, repican las campanas de la Iglesia para anunciar la resurrección de Jesucristo a los enfermos y ancianos que no pueden asistir a la Vigilia pascual.

⁵⁴ Jn 8,12b.

⁵⁵ Cf. Mt 25,1-13.

⁵⁶ Cf. Lc 12,35-48.

Aleluya

La proclamación del Evangelio es preparada con el canto del aleluya. Esta aclamación festiva, aunque es habitual de la misa, se suprime en las siete semanas precedentes a la Pascua —el tiempo de Cuaresma—. Así en esta noche hace su explosión como un grito de alabanza a Dios por su grandiosa intervención en la historia de la salvación: la resurrección de Jesucristo.

Tal importancia cobra en la Vigilia pascual esta aclamación que el *Misa!* pide que, para que destaque, sea el propio sacerdote quien entone el aleluya y que el pueblo lo repita; así por tres veces, elevando cada vez un poco más la voz. Además, cuando es un obispo quien preside la celebración, incluso se le anuncia a este la llegada del aleluya: un diácono o un lector se acerca al obispo y le dice: «Reverendísimo padre, os anuncio un gran gozo: el aleluya».

Agua

En la noche de Pascua el agua cobra un relieve especial pues sirve para recordar el bautismo, este sacramento que nos asocia a la Pascua de Cristo, a su paso de la muerte a la vida, haciéndonos partícipes de su victoria sobre el pecado y sobre la muerte. Por el bautismo morimos al pecado y nacemos a la nueva vida que Jesucristo ha inaugurado con su resurrección, pasamos a ser hijos de Dios y miembros de su pueblo, que es la Iglesia.

Despedida festiva

La despedida, adornada con un doble aleluya final tanto en su invitación como en su respuesta, concluye festivamente la Vigilia pascual.

2.5. Tiempo pascual

Las *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario* destacan la alegría y la exultación como características del tiempo pascual: «Los cincuenta días que van desde el Domingo de Resurrección hasta el Domingo de Pentecostés han de ser celebrados con alegría y exultación como si se tratase de un solo y único día festivo, más aún, como “un gran domingo”».⁵⁷

El color blanco de las vestiduras, del que ya hablamos en el tiempo de Navidad, el cirio que ilumina el ambón representando a Cristo resucitado, además de los adornos festivos deben resaltar visualmente esta alegría y exultación.

⁵⁷ *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario*, 22.



2.6. Tiempo ordinario

Finalmente, durante el tiempo ordinario son los signos habituales los que aparecen. Así se refieren a este periodo las *Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el Calendario*:

Además de los tiempos que tienen un carácter propio, quedan 33 o 34 semanas en el curso del año, en las cuales no se celebra algún aspecto peculiar del misterio de Cristo, sino que más bien se recuerda el mismo misterio de Cristo en su plenitud, principalmente los domingos. Este período de tiempo recibe el nombre de tiempo ordinario⁵⁸.

3. Gestos simbólicos de algunas celebraciones del año litúrgico

Dentro del año litúrgico encontramos algunas celebraciones, más allá de las señaladas, que cuentan con algunos gestos característicos. Se trataría de las procesiones litúrgicas que figuran algunos días y la imposición de la ceniza que caracteriza el comienzo del tiempo de Cuaresma.

3.1. Procesiones litúrgicas

Tres celebraciones del calendario cuentan con una procesión característica. Se trata de la fiesta de la presentación del Señor, de la misa del Domingo de Ramos y de la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

La misa de la fiesta de la presentación del Señor comienza con la bendición y procesión de las candelas. Esta procesión de candelas incluso ha dado el nombre popular de «candelaria» a esta celebración. Las velas encendidas en las manos de los fieles recuerdan cómo salimos al encuentro de Cristo, «luz de las naciones», al igual que el anciano Simeón y la profetisa Ana.

El Domingo de Ramos se conmemora la entrada de Cristo en Jerusalén para consumir su muerte y resurrección. Al igual que el pueblo judío aclamó a Jesús con palmas en sus manos⁵⁹, los fieles con ramos o palmas son convocados en un lugar para dirigirse procesionalmente a la iglesia aclamando a Cristo Rey.

La misa de la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo termina con una procesión por las calles del lugar con el Santísimo Sacramento para exaltar la presencia permanente de Jesús en medio de sus fieles.

⁵⁸ *Ibid.*, 43.

⁵⁹ Cf. Mt 21,1-11; Mc 11,1-10; Lc 19,28-40; Jn 12,12-16.

3.2. Imposición de la ceniza

La Cuaresma comienza con el gesto simbólico de la imposición de la ceniza en la cabeza de los fieles el Miércoles de Ceniza. La ceniza nos recuerda que somos polvo, seres caducos, y nos invita por tanto a ser humildes y a abrir nuestro corazón a Dios, que rompe nuestra caducidad y supera nuestra finitud. Es un modo de expresar el sentido penitencial y el deseo de conversión que se prolonga a lo largo de todo el tiempo cuaresmal que comienza en ese día.

4. Simbología de la religiosidad popular en el año litúrgico

A lo largo del año litúrgico la religiosidad popular expresa la índole propia de cada tiempo con diferentes elementos simbólicos, tales como la corona de Adviento, el árbol de Navidad y el belén, el vía crucis, las procesiones de Semana Santa, la visita al lugar de la reserva del Jueves Santo, la representación de la dormición de María el día de la asunción de la bienaventurada Virgen María... y otras tantas manifestaciones simbólicas de la fe que la Congregación del Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos recogió en el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones* publicado en el 2002 para armonizarlas con «los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos»⁶⁰.

⁶⁰ SC 13.